



Otoño en *El jardín de las delicias* de Francisco Ayala

CAROLYN RICHMOND

«¡Tanta hermosura, duele!», te oí decir». Con estas palabras, entre llanto y lamento, da comienzo Francisco Ayala a la pieza más recientemente incorporada por él a esa su secreta —pero todavía abierta— «arca de palabras», *El jardín de las delicias*. Titulado «Lloraste en el Generalife», este poema en prosa constituye un resumen, en miniatura, de algunos de los motivos principales del volumen que lo encierra: el de la vida como un viaje; el del papel del arte en la plasmación —y transformación— de la experiencia humana; el de la fugacidad del tiempo; y el del anhelo —igualmente humano— de alcanzar, mediante la creación, la inmortalidad. Son temas universales que, de manera diversa y a lo largo de los años, están reflejados en la obra de nuestro autor, quien, a partir de la década de sus 50 años, irá tomando conciencia de que se acerca, ya, a su propia vejez y, con ella, a la inevitable muerte. Lejos de ser estática, la vida humana es un eterno *continuum*, captado —re-creado— por Ayala en las fluidas y mutables páginas de esta todavía inacabada obra suya que, mientras esté en vida su autor, seguirá siendo a su vez tan *viva* como él.

Prueba de lo dicho resulta ser el largo proceso de gestación y crecimiento, hasta el momento actual, de tan insólito libro: desde la recopilación, en sus *Obras narrativas completas* de 1969, de 26 textos que, repartidos en secciones tituladas «Diablo mundo» y «Días felices», formarían el núcleo de la primera edición de *El jardín de las delicias* (1971), hasta este volumen independiente, cuya primera parte, dividida a su vez en dos apartados —«Recortes del diario *Las noticias de ayer*» y «Diálogos de amor»—, seguiría de ahí en adelante sin cambio mientras que en ediciones posteriores (1978, 1990, 1992, 1999, 2006) iría incorporando el autor a la segunda parte, «Días felices» —más personal, más vinculada a su trayectoria vital y sentimental—, todavía nuevos textos. De ahí la calificación anterior de «abierta» de este *sui generis* volumen de narraciones.

Desde su primera versión ha sido el conjunto de piezas titulado «Días felices» una especie de canto otoñal que hace repetida alusión, como no es de sorprender, a los tradicionales temas de *tempus fugit* (el tiempo huye) y de *carpe diem* (goza del día). «¿A qué edad puede con-

Carolyn Richmond (Charlottesville, 1938).
Recientemente preparó la edición y el epílogo
de la antología *De toda la vida* de Francisco
Ayala (Tusquets, Barcelona, 2006).

siderarse viejo un hombre?», se pregunta el narrador al comienzo de «Fragancia de jazmines». «¿A qué edad es uno lo que se dice un viejo?». Fechada en el año 1965, cuando cumplía Ayala los 60, este «Homenaje a Espronceda» —subtítulo de la pieza— constituye una especie de rememoración poética de un amor adúltero al que, cinco años antes, había puesto fin ya el —entonces irónico y ahora algo melancólico— narrador. «¿A qué edad es uno un viejo?» volverá a preguntarse mientras, mirándose al espejo, escucha en la radio el bolero que da título al texto. El tema del viejo, que con tanta frecuencia apareciera —despojado, claro está, de cualquier tratamiento lírico— en las piezas de «Diablo mundo» (interesante coincidencia, por cierto, la que se da entre este último título y el del subtítulo de «Fragancia de jazmines»...), el tema del viejo, digo, va complementado aquí por el del paso de los años, temas a los que luego volverá el narrador-recompilador, quien, en el epílogo, advierte a su (más joven) destinataria: «Los años correrán, volará el tiempo». En efecto, toda la *felicidad* de esta segunda parte de *El jardín de las delicias* está teñida de la tristeza, melancólica, del inevitable fluir del tiempo... y del inevitable fin que a todos nos espera.

«Lloraste en el Generalife»: resumen del arte del Ayala otoñal

Qué mejor ilustración de lo dicho que la última pieza *sembrada* en *El jardín*... por su ya vetusto autor. *Otoñal* tanto en su perspectiva narrativa cuanto en su contenido mismo, «Lloraste en el Generalife» aproxima de un modo novedoso la ficción a la realidad. Esto se desprende del texto mismo aunque, en calidad de destinataria de la obra así como —sobre todo— de su protagonista, puedo yo por mi parte certificarlo también... «¡Tanta hermosura, duele!», te oí decir», comienza en primera persona el narrador, para pasar a relatar:

Y cuando, un poco sorprendido, me volví a mirarte, vi correr lágrimas por tu cara. Yo conocía demasiado bien (¿quién mejor que

yo?) tu sensibilidad a flor de piel; pero tras de tantos y tantos años de nuestra íntima convivencia, todavía me faltaba por descubrir en ti este grado de total entrega, que así llegaba a dejarte rendida y deshecha ante la belleza intolerable de una hora feliz.

Tras esta conmovedora re-creación de lo sentido por ambos —por la destinataria y, sobre todo, por su compañero-escriptor— en una hora tan *feliz*, prosigue éste a una re-creación poética de la escena que tanta emoción había suscitado en su compañera. Tiempo y espacio se funden aquí en una extraordinaria evocación, tanto plástica como auditiva, de los conocidísimos jardines granadinos:

Era otoño. Estábamos pasando algunos días en mi recuperada tierra granadina. Habíamos subido a la Alhambra y, olvidados, paseábamos por los jardines del Generalife, bordeando los arriates de arrayanes, junto a los macizos de flores, alrededor de las fuentes, bajo un cielo de azul perfecto, sin otro ruido que el continuo rumor del agua y algún gorjeo del pájaro que tal vez ha saltado de una rama a otra. Apenas si hablábamos; nada había que decir: nos bastaba sabernos unidos y en paz.

Se trata aquí, precisamente, de la evocación de una «hermosura» *otoñal*, donde se funde, poéticamente, esta simbólica estación con la compenetración sentimental de dos personas quienes, tras tantos años, apenas necesitan ya de apelar a la comunicación verbal. La relación entre uno y otra resulta ser también, pues, un amor *otoñal*.

Irrumpe el siguiente párrafo para inyectar, dentro de tanta «paz», otra reacción por parte de uno y otro: esta vez, un desahogo de alegría y hasta de exaltación:

Me reí de tus lágrimas, y tú, en seguida, también te reíste. «¡Qué gloriosa efusión! —me burlaba yo—. ¡Lágrimas de gozolo!... Húmedas todavía las mejillas, te reías también tú.

Tras este párrafo de transición, que nos devuelve, junto con los protagonistas, a la vida *normal*, introduce el narrador, no sin cierta ironía, los temas esenciales de la pieza: los de la fugacidad del tiempo y del papel desempeñado por el arte en la inmortalización de la experiencia humana.

Un poco más tarde, cuando quisiste valerte de tu cámara para apresar aquel momento único en unas cuantas instantáneas: fotos de mí, de ti misma, de ambos, tomadas en el delicioso paraje, en el lugar ameno, me puse a predicarte sobre la futilidad del intento. «El tiempo huye, lo sabes», te dije; «el tiempo no se deja capturar en una fotografía, como tampoco cabría encerrarlo en las estrofas de un soneto. ¿Para qué, entonces, tanto afanarse en vano?».

Retoma aquí el narrador motivos —por ejemplo, el del *carpe diem*, citado literalmente— repetidos a lo largo de «Días felices», a los que, bajo forma de monólogo interior, volverá en el epílogo al libro: «¿Para qué has escrito?», se *reprocha* allí. «¿Para qué tenías que escribir? ¿Acaso no bastaba?...», se pregunta enseguida, refiriéndose a las complicaciones emocionales que son propias del amor: «¿no bastaba acaso con haberlo sufrido?».

En este último texto la respuesta resulta ser ambigua dado el temor que el narrador expresa de que «quizá nunca» se atreva su destinataria a «destapar el arca», esto es, a leer los escritos recogidos en el libro. La conclusión de «Lloraste en el Generalife», por su parte, queda más ambigua aún. «Esa era mi prédica», comienza:

Y sin embargo, ¿quién resiste al deseo?, ¿quién renuncia a la esperanza?: desatendiendo, terca, mi admonición prudente, sacaste tus fotos, mientras que yo mismo —debo confesarlo— furtivamente apuntaba en mi cuadernito de notas: *Hoy Carolyn ha llorado en el Generalife*; y todavía, para más precisa memoria, agregaba la fecha: *18 de noviembre de 1992*.



No sólo *desatiende* tal «prudente» sermón su «terca» compañera, sino que el mismísimo escritor-*predicador* terminaría anotando para sí «furtivamente» —se trata aquí de una especie de confesión— no sólo lo ocurrido sino también la fecha... ¿Qué significa esto? ¿Se desentiende él de sus propios consejos? ¿Constituye el texto que acabamos nosotros de leer —el titulado «Lloraste en el Generalife»— un fruto literario de la experiencia relatada ahí, o más bien de alguna efímera quimera? ¿Dónde empiezan y acaban los límites de vida y literatura?

Con toda su complejidad, «Lloraste en el Generalife» resulta ser, a la vez, un eslabón más —también *otoñal*— del largo *viaje* del autor Francisco Ayala: un retorno, tanto literario como vivido, a su tierra natal. Con él se cierra —por el momento— el círculo, deteniéndose el tiempo; como otro personaje suyo de la última década de su vida, Don Álvaro Tarfe, protagonista de «Un caballero granadino», han vuelto autor y narrador a «tierra granadina». Mediante el arte, se suspende el tiempo. Todavía están ellos allí. ■